

TIEMPO DE AYER EN EL HOSPITAL DE LA PRINCESA  
Siglo XIX

## APROXIMACION A LA VIDA Y OBRA DE MEDICOS DEL HOSPITAL (4) (Médicos que ingresaron, por oposición, en el año 1873)

### 1.- Carlos María Cortezo (1)

En el mes de noviembre de 1873 finalizó la oposición para cuatro plazas de médicos de la Beneficencia General del Estado (tres de ellas en nuestro hospital) y la cuarta con destino en el Hospital de Jesús Nazareno. Fueron obtenidas, siguiendo el orden de puntuación, por los doctores: Carlos María Cortezo, José Ustáriz, Mariano Salazar y Manuel Morales.

La llegada de estos nuevos médicos (que serían más tarde Académicos y/o Catedráticos) dieron notable prestigio al hospital. Dejaron tal cantidad de información escrita de su labor médica que han propiciado la publicación de libros, tesis doctorales, monografías y múltiples artículos sobre ellos. Quienes estén interesados en sus biografías muy fácilmente **y de modo amplio** pueden obtenerlas a través de Internet. Yo tan solo, en estos escritos, voy a **resumir** la vida y obra de estos maestros del arte de curar haciendo especial referencia a la labor que desarrollaron en el Hospital de la Princesa, aportando datos, quizás menos conocidos, sobre las cualidades humanas de los mismos.

#### I

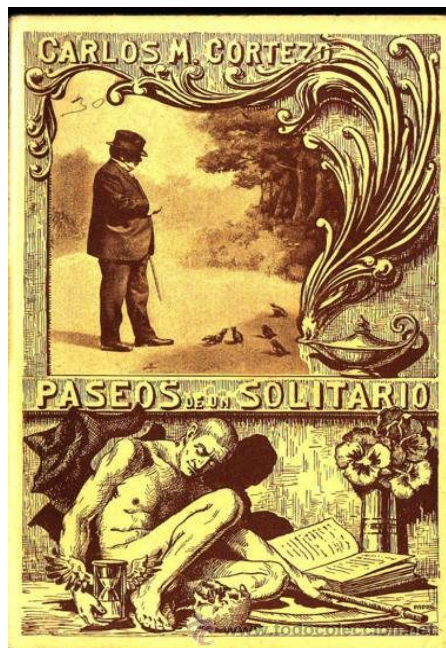
#### Infancia y juventud: Inicio de la actividad profesional



**Carlos María Venancio Cortezo y Prieto de Horche** nació en Madrid el día 1 de abril de 1850 en la casa número 10 de la calle Relatores. A los tres meses de nacer sus padres se trasladaron a la casa nº 5, 3º de la derecha (posteriormente nº 3 de la actual plaza de Tirso de Molina, en aquella época denominada Plaza del Progreso): “*daban nuestros balcones frente por frente a la calle Relatores*” escribió el propio Cortezo. Su padre Víctor Vicente (administrativo del Estado) nació en Zamora (en 1799) y su madre, Jesualda, en La Coruña (en 1819). El Dr. Álvarez Sierra escribe que “*en una conferencia dada por Cortezo en el año 1924, al recordar su niñez dice que permanecía casi siempre al balcón como un pajarillo que busca aire y luz desde su jaula, presenciando los desfiles militares, la animación todos los lunes de las gentes que iban*

a los toros (... ) los matadores revestidos de sus trajes de luces”(... ) las procesiones de San Lorenzo, las Minervas de San Sebastián, San Millán y Santa Cruz (...) los buñoleros (...) los organillos (...) los pregones del requesón de Miraflores (...) el vendedor de plantas y tiestos (...) el valenciano de la horchata y mil y mil otras cosas”. La familia, digna y religiosa, la constituían, además de los padres, su hermano Daniel (militar) y sus hermanas Elisa y Luisa. Al fallecer su padre, “*la viuda, mujer de extraordinario talento*” atendió a su familia iniciando un próspero negocio: fabricación de flores artificiales con local en el nº 16 de la Plaza de Tirso de Molina.

Todos sus recuerdos de la infancia y juventud están relatados por el propio Cortezo en su libro “Paseos de un Solitario” que editó en el año 1923 (algún capítulo de estas memorias fueron publicadas con el mismo título, previamente, en el periódico “El Heraldo de Madrid”) y concretamente en fecha de 13-4-1922 escribió que se trataban de memorias “*de un libro inédito, que probablemente lo será siempre*”. Vemos que no ha sido así.



En 1859, comenzó el Bachillerato en el Colegio de San José de la calle Olivar, si bien los últimos años los hizo en el Instituto San Isidro. Fueron en este periodo condiscípulos suyos, estableciendo amistad duradera, los hermanos Enrique y Raimundo Fernández Villaverde, Eduardo y Luís Adaro, y Ramón Gómez Pamo (el hermano mayor de éste último, Marceliano, llegó a ser médico del Hospital de la Princesa) y otros. Realizó los estudios en la Facultad de Medicina de la Universidad Central (1866-1870) antes y siempre llamado Colegio de San Carlos. Tuvo como profesores, de Anatomía al Dr. Fourquet y al Dr. Martínez Molina, de Fisiología y Patología General al Dr. Patricio Salazar, de Patología Interna al Dr. Santero y de Cirugía al Dr .Sánchez Toca. Y al Dr. Pedro Mata, de reconocido talante liberal, en Medicina Legal.

Cuando cursaba los estudios de 4º curso se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras. El contraste de esta facultad con la de Medicina era notable ya que contaba con pocos alumnos, profesores selectos y materias amenas (historia, literatura, filosofía, etc.) decidiendo que, posiblemente no le interesaba ser médico, si bien aprobó con buenas notas las asignaturas de los últimos cursos de Medicina **obteniendo en 1870 la Licenciatura de Medicina**. Tuvo mucha influencia en el fomento de su vocación médica las enseñanzas teórico-prácticas

impartidas por el catedrático D. Ezequiel Martín de Pedro, joven maestro, encargado de una sala de enfermos en el Hospital General donde daba clases a las que el mismo Cortezo refiere “*que no dejó de asistir mañana y tarde... hasta que cinco años más tarde gané, por oposición, mi plaza de médico de número en el Hospital de la Princesa. La tarde misma en que dí en mi sala la primera lección de clínica médica había yo asistido como alumno a la clínica de Martín de Pedro por la mañana. ¡Véase lo que puede hacer un buen maestro!*”. El 18 de diciembre de ese mismo año leyó su Tesis Doctoral que trató sobre la influencia de las bebidas alcohólicas en la Patología y Terapéutica. Ya doctor fue a Paris para ampliar estudios con el Prof. Francois Sigismond Jacoud, con quien entablaría amistad y frecuentó el hospital Laraboisière, recién inaugurado.

En 1871 participó por primera vez en una oposición: Para médico de la Real Familia y a pesar de los buenos ejercicios que realizó, la plaza fue concedida a otro aspirante al considerar el tribunal que no tenía la edad suficiente para el cargo (21 años). Frecuentaba las sesiones de la Academia Médico-Quirúrgica Matritense que le acogió como socio supernumerario con fecha de 1 de enero de 1870. En esta Institución participaba activamente como también lo hacían otros reconocidos médicos (algunos, como los doctores Ustáriz, Salazar y Miguel y Viguri serían años más tarde compañeros en el Hospital de la Princesa). En 1872 fue nombrado director de *la Revista Médico-Quirúrgica de Madrid*.



## II

### En el Hospital de la Princesa. La controversia con el Dr. Federico Rubio

En noviembre de 1873, a la edad de 23 años obtiene, por oposición, con el número uno, la plaza de médico del Hospital de la Princesa que se llamaba entonces Hospital Nacional. En este mismo mes y año es nombrado Académico de número de la Academia Médico Quirúrgica Española.

En 1874 dio un curso libre de Terapéutica en la Facultad de Medicina de Madrid siendo publicadas sus lecciones por los alumnos. Este mismo año figura como socio del Ateneo de Madrid, entra a formar parte de la redacción de “*El Siglo Médico*” e ingresa en la Sociedad Española de Historia Natural. En los datos biográficos que aparecen en “*Médicos históricos*” publicado por la Biblioteca de la Universidad Complutense (obtengo este dato a través de la página de Internet de esta Institución) se reseña que el Dr. Cortezo desempeña **Jefatura Clínica del hospital en 1874**. En 1875 se presentó a las oposiciones para cubrir las Cátedras de Patología y Clínica Médica de las Universidades de Barcelona, Valencia y Santiago: El sólo optó por la de Barcelona que no consiguió al ser adjudicada al Dr. Bartolomé Robert. Sí obtuvo,

en 1876, por unanimidad del tribunal, la Cátedra de Fisiología de la Universidad de Granada, plaza a la que renunció por no abandonar Madrid, continuando así, su labor clínica en el Hospital de la Princesa. En noviembre de ése mismo año fue nombrado socio honorario del Ateneo de Alumnos Internos de la Facultad de Medicina de la Universidad Central.

En 1877 fue elegido **decano del Hospital** cargo al que renunció en el año 1881, tras la controversia con el Dr. Federico Rubio. Dr. Rubio, que más tarde fundaría, con el beneplácito del Ministro de la Gobernación Romero Robledo, el “Instituto de Técnica Operatoria” (conocido más adelante como “Instituto Rubio”) en el recinto del Hospital de la Princesa.

Este nombramiento y cese está muy detallado en un escrito del Dr. Ángel Pulido Fernández (compañero y amigo de Cortezo y de Rubio) publicado inicialmente en “Siglo Médico” y luego en varios números casi consecutivos de “España Médica” (entre los meses de agosto, septiembre y octubre de 1915). Pulido los tituló: “Mi aportación al Instituto Rubio” y el contenido de la tercera entrega en “España Médica” (20-9-1915) **lo copio íntegramente** ya que ayuda a conocer el **carácter y cualidades** de estos dos grandes médicos españoles de la segunda mitad del siglo XIX y etapa inicial del siglo XX a la vez que describe, como si se tratara de acta notarial, lo acontecido esos años en nuestro hospital. Dice así: *“En el curso de 1875-76, Rubio aparecía, como hemos dicho, en el cuadro de profesores de la Escuela libre de Medicina del Museo Antropológico del Dr. Velasco, y el 11 de mayo de 1880 la Gaceta publicaba un Real decreto del ministro de la Gobernación, Romero Robledo, creando en el **hospital de la Princesa** una clínica especial de Terapéutica Operatoria, para la cual era nombrado director gratuito el Dr. Rubio: ¿qué había ocurrido durante estos cuatro años?. En realidad, el propósito de Rubio de explicar la cirugía en el cuadro de enseñanzas del Museo Antropológico, aunque lo había acometido creando un Centro quirúrgico, que sería costeado por sus propios fondos y los que aportasen los doce alumnos que habían de ser admitidos, y para el cual abonaría cada uno 250 pesetas, no podía tener una seria realización, porque carecía de clínicas donde recibir enfermos y poder operarlos. Eso de presentarse en Madrid, oriundo del extranjero o de provincias, aunque fuera revestido de los más altos prestigios, y encontrar un servicio hospitalario lo bastante nutrido para montar en él una enseñanza de alta cirugía, era demasiada empresa para realizarla con éxito en una población que, por su escaso censo y por sus graves deficiencias nosocomiales y de asistencia policlínica, daba en absoluto un menguado contingente de enfermos, aún a las necesidades mismas de la enseñanza oficial. Esto explicaba por qué, a pesar de que Rubio logró la adhesión de algunos jóvenes profesores entusiastas, su pensamiento no prosperó y fracasó esta su primera tentativa, y porque le faltó de todo: enfermerías, sujetos operables y alumnos médicos en número suficiente. Otro profesor, en tal caso, hubiera desistido de su idea, o hubiera confiado al tiempo su realización, acometiendo primero, como lo hacen todos los que empiezan, la tarea de crearse una reputación local, organizar alguna policlínica, y emprender ese camino ascendente y de avance lento que ofrece a la larga el éxito deseado: pero Rubio no podía seguir esta conducta: su renombre, sus influencias, sus altivos arranques y su apremiante necesidad de resolver pronto el problema de conquistar en la corte la fama, la clientela y el apostolado que anhelaba, le hicieron cambiar de procedimiento, echar por el atajo, y hacer lo que fuera necesario para tener cuanto antes material operatorio; y esto lo consiguió, obteniendo de de su amistad con profesores de la Beneficencia provincial que le permitieran operar en algunas de sus salas.*

*La vida social médica en Madrid era entonces más reducida que lo que es en la actualidad (con serlo mucho aún), y en ella había núcleos de acción, donde bullían los más significados profesores que gustaban cultivar el trato con los compañeros. Como corporaciones, brillaban la Academia Médico-Quirúrgica y la Sociedad Ginecológica; como centros clínicos, la Beneficencia provincial, con su Hospital General, y la Beneficencia General*

con su Hospital de la Princesa, y como tertulias de café dos: una de gente madura que se reunía en el café de Fomento y otra de gente joven que se juntaba en el Fornos. La Médico-Quirúrgica se reunía en un saloncito del callejón de Capellanes, y eran ornamentos de sus sesiones muy animadas y fogosas, Yañez, Montejo y Robledo, Castro Latorre, Cortezo, Espina y otros varios; y la Ginecológica, iniciada por Castillo de Piñeiro, Rodríguez Rubí y por mí, a la cual habíamos llevado desde el primer momento la colaboración entusiasta de tocólogos y ginecólogos de entonces: Alonso Rubio, Alarcón, Cortejarena, García Teresa, Olivan, Calderín, Cospedal y muchos más, celebraba allí sus sesiones, de una labor pausable y de una cordialidad extraordinaria. Dos nuevas sociedades se crearán, respondiendo a entusiasmos individuales: La Histológica y la de Terapéutica; pero su vida fue corta y de escasa producción: no había ambiente para ellas.

Los grandes centros clínicos eran: el del Hospital General donde languidecían ya las enseñanzas de Esquerdo y se hallaban en todas sus fuerzas las de Candela, Lanzagorta, D. Francisco Muñoz, Espina.... supliendo las deficientísimas de la enseñanza oficial; y el Hospital de la Princesa donde refulgían, con admirables y simpáticos resplandores, las enseñanzas libres que daban Cortezo, Ustáriz, Morales, Mariani, Salazar, Miguel de Viguri, Simarro... es decir, aquel grupo de jóvenes distinguidos, que había tomado gallardamente posición con las primeras oposiciones, las de 1873, y que se había propuesto emular con espíritu amplio, noble y gratuito las enseñanzas de la otra Beneficencia.

Las tertulias de café tenían su importancia porque, como suele suceder con ellas, eran centros de unión y de organización, compuestos por personalidades activas y significativas; las dos ya mencionadas se distinguían por las derivaciones que de sus tratos resultaban. La de Fomento componíanla con más o menos asiduidad, Nieto Serrano, Méndez Alvaro, Benavente, Gastelo, Olavide, Rubio, San Martín, Santero (hijo), todas personas que representaban (salvo los dos últimos, a la sazón jóvenes) el prestigio, la autoridad, la influencia sobre los centros y personajes oficiales, con el apoyo de El Siglo Médico. Y la de Fornos estaba constituida por el plantel joven de La Princesa: Cortezo, Ustáriz, Miguel de Viguri, a los cuales se habían unido los dos Gómez Pamo (Juan y Marceliano), algunos abogados como Villaverde, Echegaray y Hernández Prieta, y otros jóvenes, todos ellos llamados a tener destinos en su vida pública y a influir poderosamente en varios ramos de la vida nacional.

Rubio utilizó sus conocimientos para realizar lo que más intensidad anhelaba: tener enfermería donde operar y pudo conseguir fácilmente que el Dr. Olavide le permitiera servirse para ello del Hospital de San Juan de Dios, del cual era decano. Aquel edificio viejo, ruinoso, de vida ya multiseccular, situado en la plaza de Antón Martín, que a lo mejor proporcionaba sorpresas con el hundimiento de sus pisos, fue el que primero acogió los entusiasmos del maestro sevillano; pero esto duró poco, porque la sección de Cirugía de la Beneficencia provincial, viendo con celos y con previsiones egoístas una intrusión a la que se daba interesada notoriedad, se echó encima y logró que se suspendiera dicho permiso. Fracasada esta tentativa, **Rubio cambió su campo de acción y solicitó del personal de La Princesa lo que le había retirado el de San Juan de Dios, que le acogiera en sus salas, y este Cuerpo, por su calidad de gente joven, entusiasta, de espíritu abierto a todas las novedades y de voluntad propicia a cuantas iniciativas llevaran consigo propósitos de enseñanza y de cultura, recibió favorablemente dicha solicitud y le abrió sus brazos.**

El Hospital de la Princesa, construido no hacía muchos años, pasaba entonces por la más grande de sus metamorfosis. Los médicos que le venían visitando habían tenido, antes, nombramientos de favor y habían mostrado poco interés por su fama y por aprovechar para la enseñanza el manantial de riqueza allí existente, pero con el nuevo personal cambiaba todo.

Cuando ingresó éste, don Juan de Dios Almansa era el decano, Don Ricardo Egea el primer médico y Cortezo pasó a ser el segundo; y **habiendo dispuesto el nuevo Reglamento que el decano sería elegido por el Cuerpo del mismo, a la muerte de Almansa fue designado Cortezo**, y de esta suerte se vio tan distinguido profesor al frente de un afamado hospital y de un plantel brillante de médicos cuando era todavía casi un niño.

Dirigió Rubio su solicitud a Cortezo, habló éste a sus compañeros de la petición, la acogieron todos con agrado y Rubio pudo disponer de las salas y recursos de aquel hospital para operar a su capricho; y con él lo hicieron también Suénder, Manrique de Lara y Camisón, personalidades distinguidas, pero extrañas igualmente al hospital.

Rubio hizo allí lo menos doscientas operaciones, entre ellas **las primeras ovariomías que se practicaron en Madrid**, y Cortezo, poniendo a su disposición la propia sala, actuaba a menudo de ayudante y cloroformizaba los operados. Rubio operaba y no se consideraba comprometido a más; luego hacía lo que le agradaba, y a veces, ni volvía a ver al enfermo. Las curas quedaban al cargo de los profesores de la sala. Estas injerencias caprichosas y algo indisciplinadas ofrecían inconvenientes y peligros que podían surgir algún día, y así sucedió. Cierta vez se quiso practicar una amputación de lengua cuando no había nada preparado y se produjo una complicación desagradable, un conflicto quirúrgico, que obligó al Dr. Cortezo a disponer que en lo sucesivo no se abordase ninguna operación sin previo aviso, requerimiento que hirió la susceptibilidad del Dr. Rubio. En otra ocasión, a un operado del mismo Dr. Rubio se le negó un alimento que pidió y la familia formuló una queja cuyo fundamento sorprendió mucho al decano del hospital; fue Cortezo a ver al Dr. Rubio, medió entre ambos conversación breve y correcta, pero que no debió de ser del agrado del segundo y suspendió su ida al hospital. **Pocos días después se publicaba en la Gaceta el decreto creando el Instituto de Terapéutica Operatoria**, y, por si esto no bastaba, del propio ministerio de la Gobernación salía más tarde otro **Real decreto reformando el Reglamento de la Beneficencia y pasando el decanato al profesor más antiguo del Cuerpo**, que lo era a la sazón el Sr. Egea, amigo particular de Rubio. Un incidente ocurrido con motivo del abandono que hizo de la guardia un profesor, quien dejaba la Princesa porque pasaba a serlo de la Beneficencia provincial, sirvió de pretexto para ello. Lo que se deseaba era bien claro: retirar del decanato al Dr. Cortezo y sustituirle con otro profesor que fuera del agrado del Dr. Rubio. La amistad de Romero Robledo con Rubio y la más íntima del Dr. Lucientes, amicísimo del primero, lograron esta reforma. Poco después **Cortezo** recibía un oficio trasladándole a uno de los hospitales de Incurables, y entonces, **herido gravemente en su dignidad** y en sus intereses, **presentó la dimisión** y abandonó por siempre un Cuerpo y unos servicios **donde había brillado en grado extraordinario: como médico, como maestro y como organizador**, dejando en sus compañeros hondísima pena y un agravio inolvidable **que motivó, que en lo sucesivo, convivieran en el hospital dos instituciones que se detestaban: el cuerpo de la Beneficencia general y el Instituto de Terapéutica Operatoria; circunstancia que había de conducir más tarde a la creación del Instituto de la Moncloa.**

Madrid, que agitó mucho la opinión, removi6 fuertes pasiones, comentaron durante largo tiempo los médicos todos, revolucionó algunos intereses, creando y destruyendo al mismo tiempo, y puso de relieve la indomable altivez de dos caracteres superiores: el de Rubio y el de Cortezo. Rubio, hombre de elevada estatura, corpulento, de sentimientos altivos, muy fogueado en luchas de la existencia que enardecieron su genio, con la impetuosidad y arrestos de quien ejerció la profesión de maestro de armas, susceptible y dominante como correspondía a quien había conquistado en los campos de la enseñanza, la política y la sociedad, altos prestigios y brillantes cargos, no toleraba que sus actos, sus intereses y hasta sus juicios fueran criticados y desconsiderados, y siéndole propicios entonces

*la acción y el poder aplicó un severo correctivo a quien había osado señalarle un motivo de condenación que iba a lo hondo de sus fueros y respetos. Así había procedido otras veces. En cierta ocasión, exponiendo en la Academia de Medicina un caso de cirugía, se levantó a hacerle observaciones el Dr. Creus, gran maestro en ciencia y arte quirúrgicas, a la sazón superior al mismo Rubio, y fue tal la indignación por éste sentida, ante la osadía de que hubiera quien le saliera al encuentro, que hubo de aplicar al juicio médico y a la conducta de su compañero las frases más duras y las amenazas más ofensivas que hemos oído en debates académicos.*

*Cortezo, joven cultísimo, de superior inteligencia, mimado de la suerte, justamente enorgullecido de los prestigios profesionales y sociales que le había granjeado su envidiable y rápida elevación a los más altos cargos oficiales y al goce de la más distinguida clientela, lisonjeado por el aura popular que le convertía en ornamento de la juventud dorada, héroe de poesías escritas por genios como Campoamor, Zorrilla y Grilo, y en un movimiento cultural que reclutaba sus huestes en lo más florido de aquella generación médica entusiasta; gentil, independiente y despreocupado para toda clase de intereses positivos y para el trato de cualquiera persona, por alta que fuere, dispuesto siempre, como lo hizo con su cátedra ganada en reñida oposición, a tirar con un gesto admirable de menosprecio las más codiciadas posiciones conquistadas en noble lid, con las armas de su saber y su capacidad al verse entonces tan injustamente arrollado en sus derechos, en vez de defenderse y utilizar poderosos medios de acción para combatir aquella fuerza que él mismo había favorecido un día, sintió que una ola de intenso menosprecio anegaba su cerebro, y acompañando este acto con una frase de aireada condenación, lo dejó todo: cargo, enseñanza, amistades y provechos legítimos de su resplandeciente posición; y se fue a cultivar en honradas y tranquilas soledades esa clientela en la cual ha recogido siempre tantos lauros.”*

El Instituto de Técnica Operatoria inició su actividad en el mes de octubre de 1880 y ocupaba cuatro salas en la planta baja del ala derecha del Hospital de la Princesa: dos de ellas con veinte camas (una para varones y otra para mujeres) y otra vacía para “remudar” y otra vacía para conferencias y consultorios que ampliaron más tarde. El nuevo centro de esta Institución ubicado en terrenos de la Moncloa (muy cerca de lo que actualmente es la Fundación Jiménez Díaz) se comenzó a gestar en 1894 iniciando su actividad en 1896.

En próximo capítulo de Tiempos de Ayer continuaré con esta biografía comentada de Carlos María Cortezo.

Carlos Cremades Marco

#### ANOTACIONES:

He destacado en “letra a negrita” algún párrafo de los libros y documentos periodísticos reseñados.

Para la redacción de este trabajo, aparte de los datos de hemeroteca cuya referencia quedan anotadas en el texto, he utilizado:

ALVÁREZ – SIERRA J.: “Doctor Cortezo”. Editora Nacional.1945. (El prólogo de este libro realizado por su hijo Javier Cortezo Collantes).

CARLOS MARÍA CORTEZO; “Paseos de un Solitario”. Ruiz Hermanos Editores. Madrid. 1923.

Los datos sobre el “Instituto de Técnica Operatoria” en el Hospital de la Princesa (ver Dr. Eugenio Gutiérrez: Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas (revista del Instituto). En tomo de 1903.

Las ilustraciones:

1. Retrato de Carlos María Cortezo ( en la Real Academia de Medicina)
2. Portada del libro “ Paseos de un Solitario”
3. Sello-estampilla inserto en el libro: “Homenaje al Médico Español”. Gráficas Henar S.A. Madrid 1981. Dibujo de Luís Rodríguez Puertas.